

que en el ámbito y en la profundidad de sus más diversos matices, aprenderá su voz". "Nunca la uniformidad ideal de imperialismo estériles, sí la unidad".

Ureña a través de esta idea pone el acento en la justicia; la magna patria ha de unirse para la justicia, pues ella está "antes que el ideal de cultura".

La utopía es en toda instancia, trabajo, es un reconocimiento sobre la marcha, obliga ella al hombre a poner entre paréntesis el mundo en que vive y ver un momento, intuir, fenomenología de nuestro destino, de nuestra expresión.

En ensayos sucesivos, se ocupa el autor de la originalidad de América respecto de España, del problema del idioma, del afán europeizante, de la energía nativa, de la independencia literaria, de los caminos de nuestra historia literaria, apuntes sobre la novela en América, hacia el nuevo teatro y de la cultura y las letras coloniales en Santo Domingo.

Luego de haber leído el libro, publicado por Raigal, creemos que debiera moderarse el afán de recopilación minuciosa, al que se sacrifica el interés de una obra como ésta.

Alguno de estos ensayos tienen el valor que le es reconocido al maestro, pero quizá no perduran por su propia vida.

A. A. GOUTMAN

*En la colección Nuestra América reedita Raigal —con agregados anteriores y posteriores— aquel tomito de P. H. Ureña "Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión" ahora con el título del epígrafe. Al comienzo las palabras pronunciadas por Alfonso Reyes y E. Martínez Estrada con motivo de la muerte del autor.*

*El libro, dividido en dos partes bajo los títulos generales de I, Orientaciones, y II, Figuras, reúne una serie de artículos y conferencias publicados ya en distintas revistas.*

*Todos los trabajos, incluyendo algunos que son de circunstancia (suponemos que su publicación se hizo con el objeto de dar a conocer la amplitud de la labor escrita de Ureña) denuncian la capacidad del crítico y la cultura sin limitaciones de este hombre que tanto hizo por el conocimiento exacto, "implacable en la verdad", de nuestro pasado literario. Destacaremos los definitivos y aquellos que constituyen hoy materia útil para nuestros problemas.*

*En "El Descontento y la Promesa" estudia, haciendo su historia, la serie de proclamas de nuestros creadores afirmando la necesidad de lograr una expresión propia frente a Europa. Pasa revista a las palabras de Bello en la primera de las "Silvas"; luego de él, Olmedo y Heredia. Durante el romanticismo, Lizardi, Hidalgo y Echeverría, que reclamaba "no sólo la independencia política, sino la literaria y además la filosófica"; por fin, el modernismo que "si toma sus ejemplos de Europa piensa en América". Luego analiza los argumentos de las dos facciones que todavía hoy prosiguen sus inútiles discusiones: los hispanizantes y los europeizantes, criticándolos con justeza. Este anhelo de originalidad, comenta, desconocido por los antiguos nace con el romanticismo; plantea el problema de la imposibilidad de lograr total independencia en lo literario porque una lengua "es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en ella se escribe se baña en el color de su cristal"; refiriéndose así a nuestra identidad idiomática con España. Examina las fórmulas de americanismo propuestas para lograr nuestra expresión en literatura: la naturaleza, el primitivo ha-*

bitante ("nuestra interpretación del indio ha sido caprichosa"), el criollo. En nuestra ubicación con respecto a la historia europea afirma: "...pertenece-mos a la Rumania y sólo sus acontecimientos han influido en nosotros: el descubrimiento (acontecimiento español), el Renacimiento, italiano; la Revolución, francesa. No tenemos relación directa con la Reforma, ni con la evolución institucional inglesa". Finaliza diciendo "no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansias de perfección". El creador debe despojarse de una buena vez de este deseo de ser americano. No es proponiéndoselo de antemano como ha de lograrlo. La obra de arte debe nacer limpia de toda finalidad ulterior, ella es un fin en sí misma, no un medio para el pasquinismo social, racial, o político. (Pensemos si no en los lamentables cantos de Neruda a Stalingrado o en los poemas al fuehrer de algunos "artistas" de Alemania nazi).

En "Caminos de Nuestra Historia Literaria" reúne unas notas metodológicas para la ejecución de una posible historia de la literatura de América española. "Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensable. Dejar de lado a los mediocres... La historia debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó".

"Don Juan Ruiz de Alarcón", conferencia donde estudió en forma cuidada como hasta ese momento no se había hecho (1913), la figura del creador mejicano insistiendo en destacar sus características frente a los de su siglo: Lope, Calderón y Tirso. En meditadas páginas apunta sus dones (muchos de ellos ya señalados por D. Marcelino en "Calderón y su Teatro"); la observación, la creación de la comedia de costumbres, la creación de caracteres; estudia, además, y esto es lo importante de sus observaciones, su concepto del honor, de la vida social, del amor, de la mujer.

Pocos de los trabajos tan demostrativos de su capacidad lógica para organizar y sintetizar como el dedicado a José Enrique Rodó. Estudia toda su obra a partir del famoso artículo "El que vendrá", pasando por el ensayo sobre Darío, "Ariel" y finalmente "Motivos de Proteo". Lo ubica entre los maestros de América, "...el primero, quizá, que entre nosotros influye con solo la palabra escrita". Su vocación de maestro se define en "Ariel", y "Motivos" es su obra fundamental. Destaca luego el concepto de evolución y lo estudia a través de Hegel, Spencer hasta llegar a Boutroux, cuya noción de necesidad analiza y demuele; Bergson por fin formula la teoría de la evolución creadora. "La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la evolución creadora con el ideal de una norma de acción para la vida. Puesto que vivimos transformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla. La persistencia indefinida de la educación: he ahí la verdad que no debe olvidarse". Notemos que las ideas fundamentales de Rodó con respecto a la vida espiritual ya fueron formuladas, y con amplitud insuperable, por Goethe. (Cfr. los dos primeros capítulos de la obra de Simmel dedicados al autor de "Ifigenia").

Notemos luego unas páginas sobre Hostos, Martí, Sarmiento; un simpático análisis de Alfonso Reyes como poeta; emocionadas palabras referentes a Héctor Ripa Alberdi; el conocido estudio sobre la novela en América española, y el incitador trabajo sobre los ensayos de nuevo teatro en Europa y América.

A través de toda la obra y en muchos de sus artículos (aún en los títulos "La América Española y su Originalidad") evidencia el autor una preocupación esencial. En uno de ellos afirma: "El problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la esencia de la revolución romántica, junto

con la negación de toda doctrina retórica, de toda fe en "las reglas del arte" como clave de la creación estética, y más adelante: "Nuestra inquietud se explica. Contagiados, espoleados, padecemos aquí en América urgencia romántica de expresión. Nos sobrecogen temores súbitos: queremos decir nuestra palabra antes de que nos sepulte no sabemos qué inninente diluvio". La verdad es que no se nos explica la razón de esa "urgencia" que al parecer está también en el ánimo del autor. Notamos en él la necesidad de encontrar un valor cultural autónomo a lo nacido en hispanoamérica. Se trate de literatura o pintura o música, hay una desesperación casi romántica por encontrar producciones autóctonas que nos ubiquen en el concierto de la cultura occidental con caracteres propios. Por una parte lo genuino, por otra lo que posee valor. Henríquez Ureña pareciera (como todos nosotros), sentirse extraño en América y ajeno en Europa a pesar de que sabía y conocía tanto de ambas y se las había incorporado como pocos. Su duda es explicable y su ansiedad también. Cada americano honrado con su destino, llega a un momento de la vida en el que el problema de la presencia del contorno y su actitud ante él se le presenta en forma de irremisible dramatismo. La mayoría nos desvivimos de la manera más conocida; nos sumergimos en el mundo cultural europeo, vivimos años en él, aprendemos sus idiomas, leemos sus libros, nos incorporamos su actividad intelectual. (Aún esto no nos está a todos permitido. Nuestra preparación y nuestros conocimientos se nos antojan pronto enanos frente a la preparación ciclópea de un intelectual europeo). Poseedores hasta de sus métodos críticos nos los aplicamos a nuestro mundo, y volvemos aquí (irse es otra forma para vivir allá, en el mundo de la seguridad) y seguimos siendo habitantes de Europa. Aquí tratamos por todos los medios de tenerla presente y olvidar esta realidad molesta e ininteligible de la cual somos hijos, pero es inevitable el nacer de la duda que nos dice que escapamos de algo.

Si pensamos que sólo en este siglo América comienza a intervenir en la historia de Occidente en forma activa (esto es, que ahora vilumbramos la posibilidad de enriquecer de alguna forma su patrimonio de ideas), si pensamos que los frutos más ricos y fecundos de la cultura y el pensamiento europeos habrían llegado donde están sin nuestra presencia, es razonable la desazón de Ureña y de muchos de nosotros, porque esto significa que nuestra existencia como entidad histórica nada ha tenido que ver con la estructuración de los valores más altos hacia los cuales tendemos. Que esos valores no nos pertenecen. La fractura se debe a que nos hemos visto incorporados a la historia de un mundo en el cual, en lo más importante y decisivo, no tenemos parte. De allí el sentimiento de nuestra carencia de funciones y por lo tanto de valores dentro de ese orbe al que algún día sustuiremos. Y esto explica por otra parte esa urgencia en lograr muestra y pruebas de que no es así. Pero lo más trágico, es que la historia de ese mundo y sus valores nos los enfundamos (como adoptamos sus vestimentas), negando y dejando de lado una historia que podríamos haber construido con nuestras manos. (No juzgamos a los acontecimientos por lo que podría haber sucedido. Sólo anotamos un hecho).

El hombre de América, como afirma Ureña, "tiene derecho a todos los beneficios de la cultura occidental", pero la única forma de dar sentido a su existencia es utilizar todos esos beneficios como elementos para lograr cabal sentido de sí y de su pasado. Y si reconocemos con Weininger que la más alta aptitud del hombre es la de tener conciencia de sí y del mundo, llegaremos a la conclusión de que lo más imperdonable de todo es que día a día ejecutamos una especie de suicidio espiritual negándonos a saber qué somos y cómo somos. Sólo con honradez, con silenciosa fe en la humana

*inteligencia alcanzaremos la verdad. Ella es la única senda posible para hacernos un destino.*

RODOLFO A. BORELLO

### GEORGE SANTAYANA

Como Gide, Santayana representaba, en nuestro tiempo, la afirmación clara y conmovedora de los valores humanos. A diferencia de la fe en el progreso que nos ha conducido a una final y desoladora decepción y del absolutismo de la ética inteligible que el pensamiento moderno heredó de Kant, Santayana insufló en la Nueva Inglaterra puritana un hálito de cálido paganismo mediterráneo. Su filosofía fué, sobre todas las cosas, una estética. Su método: la contemplación. Su objeto: el mundo sensible. Irónico, escéptico, mantuvo, sin embargo, una confianza inquebrantable en la realidad. Su ironía, su desencanto estaban motivados por los enunciados que el hombre elevaba a la categoría de verdad última; pero lo que el hombre sentía fué, para Santayana, una posibilidad de penetrar en el reino de los símbolos, de las esencias. Le tocó vivir en una época en que los filósofos se aislaban de la realidad por medio de murallas metafísicas o se zambullían en los problemas inquietantes e inmediatos de la política; su pensamiento se ha mantenido limpio y terso. No hubo en él temor ni repliegue; al margen de todas las escuelas —sin seguirlas ni crearlas— concentró en un enfoque ecléctico las corrientes más diversas y les dió unidad en una orientación nueva y vital. Independiente, preocupado por los valores permanentes del pensamiento y la experiencia, su figura, empero, servirá de medida cuando llegue la hora de apreciar la magnitud del cambio sufrido por la cultura, y en especial por el arte, en Valéry, en George, en Rilke, en Joyce, en Virginia Woolf, en el esfuerzo de la plástica y la música por hallar un nuevo medio de expresión, uno no puede desligarlo de Santayana, de su propensión a entregarse al mundo cuya belleza contempla, según lo expresa al final de la "Breve historia de mis opiniones".

Santayana había nacido en Madrid en 1863. Sus padres eran españoles. Pasó a Boston en 1872. Se graduó en Harvard y allí fué profesor hasta 1912. Vivió en Europa el resto de su vida, en Oxford, en Londres, en París; desde hace muchos años residía en Roma, donde ha muerto el 27 de octubre. Sus trabajos han sido tan numerosos como variadas las preocupaciones que le atrajeron. Escribió poesías, una novela admirable, "El último puritano", en 1935; volúmenes autobiográficos y de ensayos. Entre sus obras fundamentales se encuentran: *The sense of beauty*, *The life of reason*, *Three philosophical poets*, *Winds of doctrine*, *Egotism in Germany philosophy*, *Scepticism and animal faith*, *Dialogues in Limbo*, *Realism of being*, *The idea of Christ in the Gospels*.

JAIMÉ REST